

Macondo sagrado y profano. Presencia del pensamiento antropológico de Mircea Eliade en el mundo de Cien años de soledad.

Por Ulises Gonzales

En el mundo de *Cien años de soledad*, conviven dos tiempos. Uno es el tiempo histórico y el otro el tiempo mítico, o como prefiere llamarlo Mircea Eliade: el tiempo sagrado. Este se opone al tiempo moderno, o profano. Jacques Joset, ya en el prólogo a la edición de Cátedra, manifestó que “el tema básico de la obra es el enfrentamiento del tiempo cíclico, el de los grandes mitos (...) y la cronología histórica”¹. Me voy a concentrar en el análisis del tiempo mítico de *Cien años de soledad*. Si bien esto ya se ha hecho, el

análisis que hoy propongo se concentra estrictamente en el uso de los conceptos de Eliade, descritos tanto en *El mito del eterno retorno*² como en *Lo sagrado y lo profano*³.

Realizo este análisis con el espíritu de explicarme, principalmente a mí mismo, pero con la expectativa que mi análisis beneficie a otros, un enorme número de puntos de contacto que he encontrado entre la novela y los estudios de Eliade. Me apoyo para ello en las palabras de Barthes en *Crítica y verdad*: “una obra es eterna, no porque imponga un sentido único a hombres diferentes, sino porque sugiere sentidos diferentes a un hombre único”⁴

Para definir muchos de los conceptos que utiliza Eliade en sus teorías, utilizaré ejemplos tomados de *Cien años de soledad*. Por ejemplo:

El concepto de mito. Eliade define al mito como una historia sagrada, que sucedió al principio del tiempo y que el hombre religioso está interesado en repetir porque lo acerca a esa historia primordial. Este concepto es muy importante en una novela en la cual las repeticiones se suceden una tras otra. La permanente repetición de aventuras, de símbolos, e incluso de los nombres de los personajes, nos remite siempre al tiempo mitológico, ya que Macondo, antes de la violenta irrupción del tiempo histórico era una especie de Paraíso donde “el mundo era tan reciente que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo.”⁵

El concepto de tiempo cíclico. Cuando Eliade se refiere al tiempo cíclico está hablando de “una sucesión de eternidades” que se manifiesta una y otra vez por medio de rituales. El personaje que nos hace recordar en la novela, constantemente, que manejamos

un tiempo cíclico, es Úrsula. Ella es quien empieza a preveer la victoria final del tiempo histórico, incluso mucho antes que el último de los Buendía termine con la traducción de los pergaminos de Melquiades.

Como propone Jacques, “el último Aureliano comprende que la historia ha vencido” (CAS, 31) Sin embargo, es el personaje de Úrsula Iguarán, mucho antes que el de Aureliano, quien descubre la ventaja que ha ganado el tiempo histórico sobre el tiempo sagrado. En un momento de lucidez, a pesar de la ceguera que la sume en las tinieblas de la casa, Úrsula descubre que la torpeza con la que se movía en su vejez “no era la primera victoria de la decrepitud y la oscuridad sino una falla del tiempo” (CAS, 365.)

Es también Úrsula Iguarán, quien comprueba una y otra vez, que las historias de sus nietos y bisnietos sólo son repeticiones de las vidas de sus antepasados. Ya ciega, cuando José Arcadio Segundo desaparece porque los sicarios de la compañía bananera lo buscan para matarlo, ella piensa: “Lo mismo que Aureliano (...) es como si el mundo estuviera dando vueltas.” (CAS, 413) Y poco antes de su muerte, se estremece “con la comprobación de que el tiempo no pasaba, como ella lo acababa de admitir, sino que daba vueltas en redondo” (CAS, 456) a lo que Jacques agrega en las notas a la edición de Cátedra que esta sería la demostración que “la figura del tiempo en C.A.S. sería más bien un espiral” (CAS, 456)

La diferenciación entre el espacio religioso y el espacio profano es uno de los temas más fascinantes en los estudios antropológicos de Eliade. El hombre religioso tiende a diferenciar espacios y tiempos, y se siente más a gusto luego de otorgarle a los espacios sagrados un valor añadido.

Tiempo y espacio no son homogéneos para el hombre religioso. Sin embargo, Eliade añade que incluso el ser humano que no se considera religioso, mantiene la tendencia a diferenciar tiempos y espacios, pues si bien para él no hay distinción entre el espacio de un templo o una montaña sagrada, o en el tiempo marcado por una fecha religiosa, el hombre profano tiende también a revestir de mayor importancia ciertos espacios y fechas si bien lo hace según otros criterios, como serían por ejemplo la fecha o el lugar de su nacimiento.

Esta diferenciación entre lo sagrado y lo profano resulta muy útil en el análisis de la novela de García Márquez. Los habitantes de Macondo viven en un tiempo mítico y por lo tanto se mantienen siempre atentos a los espacios y momentos sagrados. Se puede decir incluso que son estos tiempos y espacios sagrados los que definen sus vidas. Uno de los más famosos es el día del descubrimiento del hielo. Este momento sagrado habrá de marcar la vida del coronel Aureliano hasta el punto de ser lo único que recordará la mañana que tiene que enfrentarse al pelotón de fusilamiento.

El espacio sagrado por excelencia, el que define a todos los personajes, es la casa de los Buendía. “Su casa fue desde el primer momento la mejor de la aldea, las otras

fueron arregladas a su imagen y semejanza” (CAS, 92) y todos los personajes de la novela tienen un tipo de relación con la casa, que cumple en la historia la función de un templo que nace con la estirpe y desaparece con ella.

La casa cumple la función de otra clase importante de símbolo, la de ser el centro del universo. El simbolismo arquitectónico de la casa de los Buendía, entendido a través de los descubrimientos antropológicos de Eliade, es el mismo que cumplen en ciertas religiones las montañas sagradas y los templos. El centro del mundo es el punto en el que el cielo y la tierra se encuentran,. Este centro cumple la función de umbral y a la vez de eje del tiempo. En el centro del universo se conectan el cielo, la tierra y el infierno. No es gratuito que, a pesar de todas las guerras y revoluciones todos los Buendía (con excepción de las desheredadas: Rebeca y Amaranta) regresen a morir en la casa de Macondo. Tampoco resulta entonces sorprendente que la casa sea un espacio natural para los aparecidos, los fantasmas y para las premoniciones.

Dentro de ese centro que es la casa de Macondo, hay otro centro que juega un papel importantísimo dentro de la narración, el gigantesco castaño en el centro del patio de la casa , que no es otra cosa, en este tiempo sagrado, que el centro del centro del mundo.

En *Cien años de soledad*, como en todas las historias que han bebido de la tradición clásica, tienen especial relevancia los lugares marcados por la presencia de árboles, como el centro de la casa de Macondo, donde está plantado este árbol de castaño gigantesco (y con el adjetivo gigantesco, García Márquez pareciera querer denotar que

existía incluso antes que la casa) al cual vivirá amarrado durante muchos años el viejo José Arcadio y donde seguirá apareciéndosele a Ursula después de muerto.

Los árboles sobreviven a la historia porque, dentro del concepto del tiempo sagrado, los árboles, que según Cirlot señala en su *Diccionario de símbolos tradicionales*⁶, son uno de los más esenciales de los símbolos tradicionales, representan al cosmos. Eliade explica, al igual que Cirlot, que para las religiones primitivas más importantes, los árboles, por su naturaleza auto regenerativa y su natural vinculación con la fertilidad, son la representación de la inmortalidad y a la vez los ejes entre el mundo real y el sobrenatural. (Cirlot, 347)

Uno de los pasajes en que se puede ver mejor el carácter mítico del árbol, su importancia como contacto entre el mundo de los vivos y el de los muertos, es aquél de la muerte del coronel Aureliano Buendía, quien luego de ver pasar al circo por las calles de Macondo “metió la cabeza entre los hombros, como un pollito, y se quedó inmóvil con la frente apoyada en el tronco del castaño” (CAS, 383).

El árbol tiene tanta importancia en *Cien años de soledad* que se mencionará en el epígrafe a los manuscritos de Melquiades, el que describe como se cerrará el círculo de los Buendía : “ el primero de la estirpe está amarrado en un árbol y al último se lo están comiendo las hormigas” (CAS, 547). Esta importancia mítica del árbol es reforzada en las memorias de García Márquez, quien define al castaño que describe en *Cien años de*

soledad y que refleja a otro que crecía en el patio de su casa en Aracataca, como un árbol “al margen del mundo y del tiempo”⁷

Es otro espacio sagrado importante el que ocupa el galeón español que el José Arcadio original encuentra varado en medio de la ciénaga. Dentro de la ciénaga es importante como punto de ubicación en el espacio (otras expediciones posteriores, dirigidas por otros Buendía habrán de volver a encontrarlo). Además cumple con el papel de ser punto de conexión dentro del tiempo sagrado. Los fundadores de Macondo, que viven en un tiempo mítico, no están sino imitando la travesía que otros mitológicos aventureros (los conquistadores, ancestros, antepasados) llevaron a cabo en tiempos ancestrales, cuando el mar llegaba hasta aquella parte de la ciénaga. El galeón cumple la doble función de “marcar” un tiempo sagrado como también un espacio sagrado.

El hombre religioso siempre “marca” los espacios sagrados. Hay diversos ejemplos de marcadores en la novela, como lo son la estatua de yeso de San José que, como señal sobre el patio principal, marca la ubicación de un tesoro escondido desde los tiempos de la fundación; es también un ejemplo claro de aquello que Eliade define como el comportamiento del hombre religioso, de definir espacios sagrados, y colocar allí señales que lo diferencien de los espacios profanos. Otro espacio sagrado es el cuartito de trabajo, en el fondo del patio de los Buendía, donde José Arcadio instala el laboratorio de alquimia que transformaría a la aldea, donde Melquiades escribe los pergaminos en sánscrito que contarían la historia de la estirpe y donde el último Buendía decodifica y lee antes de morir, la historia y el trágico destino de su familia.

El hecho de que Macondo sea “la ciudad de los espejos” es un concepto que también se puede entender claramente desde la perspectiva de los estudios antropológicos de Eliade. Los hombres religiosos, habitantes del tiempo sagrado, fundan sus ciudades en la tierra imitando el arquetipo de las ciudades celestiales. Incluso en la tradición judeo-cristiana, la Jerusalén en la Tierra no sería otra cosa que una imitación de una Jerusalén celestial. Las ciudades terrestres no son sino un reflejo, a imitación de las ciudades celestiales y el acto de fundarlas repite el arquetipo de la creación. Como dice Eliade, en *El mito del eterno retorno*:

“all the(...)cities, even the modern ones, are built after the mythical model of the celestial city, where, in the age of gold (in illo tempore) the Universal Sovereign dwelt. (...)Thus, for example, the palace-fortress of Sigiriya, in Ceylon, is built after the model of the celestial city Alakamanda” (Eliade, 9)

Eliade explica en el mismo texto, tomando como referencia incluso textos de Platón que toman como referencia ciudades perfectas en planos celestiales, que la imitación de la ciudad celestial es algo obvio para el ser humano que vive en un tiempo mítico, porque simplemente está repitiendo lo que hicieron sus ancestros, cuando encontraron el “caos” primigenio y se dedicaron a ordenarlo, es decir, repiten el acto de la creación. Los fundadores de Macondo, están imitando a los dioses, pues traen orden cósmico al caos. Y el orden que persiguen está dictado por la imitación de modelos celestiales..

Eliade afirma que los seres humanos que viven en un tiempo sagrado, viven pendientes de los dictados de los dioses. Sus ciudades son reflejos de las ciudades

celestiales y sus actos pretenden imitar los actos de los dioses que alguna vez estuvieron viviendo u ordenando la Tierra y que ahora viven en los cielos. Ellos son los antepasados, los dioses y los semidioses, quienes vigilan, observan y protegen, pero también castigan.

Este es precisamente el tiempo mítico en el que viven los personajes de la novela, pendientes de los mensajes cifrados en los sueños, de la lectura de las cartas, de los mensajes desde el mundo sobrenatural que se manifiestan en fenómenos cotidianos.

Toda la suerte del coronel Aureliano Buendía, su futuro y su muerte, se puede leer en las barajas de Pilar Ternera que es su primera amante y la madre de su primer hijo pero también la intermediaria entre él y los designios de la providencia. Muchos de los diálogos de Úrsula, son conversaciones privadas con Dios, mayormente quejas por el comportamiento de los de su estirpe. Úrsula puede adivinar también el futuro de su clan apoyándose en ciertas circunstancias de la naturaleza.

Es por ello que a los Buendía no les extraña demasiado si Remedios La Bella, a quien el narrador califica en varios pasajes como un ser sobrenatural, termine elevándose hacia el cielo como si aquél fuera su habitat. Su calidad sobrenatural está demostrada en situaciones cotidianas como su incapacidad para las labores terrenales y su completa inutilidad para sentir algún tipo de atracción hacia los hombres, que incluso hace sugerir a Úrsula la posibilidad de rifarla entre los hombres que la pretendan (CAS, 348).

La ascensión de Remedios la Bella a los cielos, es una prueba de que esta sociedad arcaica, a pesar de haber transcurrido casi un siglo (Úrsula ya no puede ver y el anciano coronel se ha resignado a vivir su vejez fabricando los pescaditos de oro), sigue viviendo en un tiempo sagrado donde la conexión entre cielo y Tierra está permanentemente abierta y se permite la libre circulación entre uno y otro espacio.

En este tiempo mítico, los seres con características de dioses pueden vivir por temporadas entre los humanos y regresar a su habitat cuando los dioses lo creen conveniente.

Gracias al pasaje de la ascensión a los cielos de Remedios la Bella, cobran mayor importancia las últimas palabras de la novela pues si bien las estirpes condenadas a cien años de soledad no tienen una segunda oportunidad sobre la tierra, algunos de sus integrantes si han de merecer una segunda oportunidad en el cielo, ese espejo de Macondo a donde irá a parar Remedios y, presumiblemente, todos los espíritus y fantasmas de los Buendía.

Eliade también incide en la importancia de puntos de contacto entre lo terrenal y lo divino que cumplen papeles esenciales para el hombre religioso. Estos puntos de contacto, permiten la comunicación entre el hombre y los dioses, son espacios sagrados que están separados de los espacios profanos por umbrales. No necesariamente templos, pues como los hombres de Macondo le replican al padre que inicia la recaudación de fondos para la construcción del templo: “durante muchos años habían estado sin cura,

arreglando los negocios del alma directamente con Dios, y habían perdido la malicia del pecado mortal” (4, CAS 178).

El contacto de Macondo con lo divino se da también a través de la repetición y el ejemplo de los mayores porque, como dice Eliade en *Lo Sagrado y lo Profano* “imitando a los ancestros se hace un verdadero hombre” (pág. 100)

Durante toda la novela los personajes principales de *Cien años de soledad* lo único que hacen como anota Úrsula, es repetir la vida de sus ancestros. Así todos los José Arcadio actuarán y enfrentarán la vida como el fundador de Macondo y todos los Aurelianos como el coronel Buendía.

El hecho de que un nombre, José Arcadio o Aureliano, pueda definir el carácter de un personaje dentro de este tiempo mítico, se entiende mejor con el concepto que Eliade propone para el término “signo”.

Eliade define a los signos como símbolos cargados de mensajes. Para Eliade la misión de un símbolo va mucho más allá de las limitaciones impuestas por este “fragmento” que es el individuo o por cualquiera de los temas concernientes al individuo. El símbolo tiene la misión de integrar este fragmento en entidades de mayor alcance, sea la sociedad, la cultura o el universo.

Cirlot en su *A dictionary of symbols* se interesó particularmente en esta definición de Eliade, remarcando que si bien el fragmento es la representación de un todo, bien puede restituirse el todo original a partir de ese fragmento. Este concepto de símbolo encaja a la perfección en la arquitectura de la novella de García Márquez.

Gracias al concepto de Eliade podemos entender que Macondo sea el símbolo que signifique el universo. Gracias a este concepto del mito provisto por los estudios de Eliade, aceptando que a partir del símbolo se puede reconstruir el todo que este simboliza, entendemos mucho mejor el eco que hace *Cien años de soledad* en el lector.

Así, las 32 guerras del coronel Aureliano Buendía resuenan en el lector como todas las guerras de la historia, la incursión de Mr. Herbert y los crímenes perpetrados por su compañía bananera retumban como el símbolo de toda la historia del imperialismo en Latinoamérica; los descubrimientos del primer José Arcadio gritan como el eco de toda la historia de la ciencia y de los grandes descubrimientos; y la destrucción final de Macondo sacude al lector con la misma fuerza con la que lo sacudirían las trompetas que anunciarán el Apocalipsis.

Al igual que las actividades de los personajes, los nombres de ellos también funcionan como signos, es decir símbolos cargados de mensajes, que representan realidades mucho más grandes que el simple fragmento. Realidades cubiertas de significación.

Úrsula Iguarán es quien maneja mejor que todos los códigos de estos signos y la que puede entender mejor que nadie, por qué Aureliano Segundo no debió llamarse Aureliano sino José Arcadio, porque su carácter corresponde al de un José Arcadio. El signo, en este universo de repeticiones y espejos es más importante que el personaje. En todo caso el personaje necesita del signo para ser completo y se entiende sólo a partir de su complementariedad con el signo. Esto ocurre y es obvio en una sociedad que vive en el tiempo mítico donde cualquier actividad solo se puede entender como una repetición del arquetipo. Eliade describe el ejemplo de la danza, desacralizada a lo largo del tiempo histórico, pero indivisible en el tiempo sagrado e imposible de entender sino como un ritual que corresponde a cierta forma de comunicación con los antepasados y con los dioses.

En los estudios de Eliade, muchas de estas actividades de repetición de arquetipos se manifiestan en los rituales. En Macondo, los rituales sagrados han sido reemplazados por otros eventos periódicos que cumplen la misma función de catalizar cambios y repiten arquetipos. Uno de ellos es la llegada de los gitanos, el otro es la llegada del circo. Siempre suceden eventos importantes dentro de la narración cuando el circo pone los pies en Macondo. Como en este extraordinario pasaje que marca los momentos finales del coronel Aureliano Buendía:

Vio a los payasos hacienda maromas en la cola del desfile, y le vio otra vez la cara a su soledad miserable (...) Entonces fue al castaño pensando en el circo, y

mientras orinaba trató de seguir pensando en el circo, pero ya no encontró el recuerdo” (CAS, 382)

También se pueden encontrar similitudes entre los rituales de religiones primitivas y las desaforadas parrandas de Aureliano Segundo, que cumplen con la función de integrar a la comunidad.

Hay signos que definen permanentemente a otros personajes, como la suerte de los 17 Aurelianos con la cruz de ceniza en la frente o el signo de la mano de Amaranta calcinada por su amor no correspondido por Pietro Crespi. Hay signos que se repiten a lo largo de la historia, a los que pueden corresponder diversos significados e interpretaciones, como son la presencia de los pájaros y las mariposas amarillas.

Sin embargo el signo más importante de todos, el que define este tiempo sagrado de *Cien años de soledad*, el que significa toda la soledad de la raza de los Buendía, es la cola de cerdo, símbolo del incesto y a la vez, prueba de que el último de la estirpe fue el único de la familia engendrado con amor.

La cola de cerdo es la prueba de que los Buendía nunca abandonaron su condición de habitantes del tiempo mítico. Es el elemento que cierra el tiempo en forma de espiral, el tiempo mítico. Los Buendía no sobreviven a la llegada del tiempo histórico y la tribu regresa a su estado primitivo.

Estos ejemplos tomados de distintos pasajes de *Cien años de soledad*, considero que son la prueba de la presencia en esta novela de conceptos tan importantes dentro del pensamiento antropológico de Eliade --como el del mito del eterno retorno y la diferenciación entre los espacios sagrados y los espacios profanos--, y que ellos sirven para explicar, desde una nueva perspectiva, el tiempo mítico dentro de la novela *Cien años de soledad*.

¹ Joset, Jacques. En el prólogo a la 14^a edición de *Cien años de soledad*, Cátedra, Madrid, 2003, pág. 31.

² Eliade, Mircea. *The Sacred and the Profane*, Harcourt Brace & Co., Orlando, 1987.

³ Eliade, Mircea. *The Myth of the Eternal Return*, Princeton University Press, Princeton, 1974.

⁴ Barthes, Roland. *Crítica y verdad*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1989. (pág. 53)

⁵ García Márquez, Gabriel. *Cien años de soledad*, Cátedra, Madrid, 2003, pág. 83.

⁶ Cirlot, J.E. *A Dictionary of Symbols*, Routledge & Kegan Paul Ltd, London, 1971.

⁷ García Márquez, Gabriel. *Vivir para contarla*, Diana, México, 2003, pág. 49.

